

recogerla. Entonces fué cuando la humilde morada de Nazareth, en donde habia tomado cuerpo, en el seno de la Virgen, *la Luz que debia alumbrar á todas las naciones* (1), fué transportada de Oriente á Occidente, así como el hogar de familia pasa al heredero.

He aquí la grande y hermosa significacion del prodigio de Loreto, del que dá testimonio él mismo, por decirlo así, por su razon providencial, tanto como por la impresion de vida y de fé que se siente en aquel santuario de gracia, en donde todos hemos sido engendrados.

Si se opusiese á esta interpretacion la de haberse dejado el Santo Sepulcro en Oriente, sin que todos los esfuerzos de la cristiandad hayan sido suficientes para rescatarlo, nosotros contestaríamos que esto tiene una significacion no menos admirable, á saber: que Dios, que *ha hecho á las naciones curables*, ha querido dejar en aquella tierra de infidelidad una prenda de *Resurreccion*, y que, en efecto, si, como todo lo anuncia, debe resucitar el Oriente, resucitará en el Santo Sepulcro, en el lugar católico de los Santos Lugares.

El siglo décimotercio, el cual conoció aquel celestial prodigio, se habia hecho digno de él, en cierto modo, por su devocion entusiasta á Maria. El culto de esta Señora lo animaba y lo consagraba todo. La vida religiosa, la vida privada, la vida pública, las instituciones, las costumbres, los monumentos y las artes. Uniendo aquel casto ideal de la mujer cristiana en una misma Maternidad, la familia humana á la Paternidad celestial, por la fraternidad de Jesucristo, fué el punto supremo á donde fueron á abrirse la imaginacion y el corazon de toda la edad media; florecencia maravillosa de piedad y de poesia, que se convertia en frutos de gracia, de virtud y de santidad.

Era aquello una especie de emulacion universal por celebrar á la Virgen y por invocarla, no tan solo en las prosas, secuencias, antifonas y responsorios con que el genio de los Herman, Contract y de los Adan de San Victor habian enriquecido el tesoro antiguo de su liturgia, y que la muche-

(1) Luc., II, 32.

dumbre embelesada hacia resonar bajo las bóvedas de las grandes basílicas erigidas en su honor, sino en esas poesías errantes, como la caballería de aquella época, en que los trovadores de Provenza, los cantores de la Guiena, los bardos bretones, los *chantres de amor* de Alemania, los romanceros españoles y los gondoleros del Adriático iban repitiendo las alegrías, los dolores, las grandezas y las misericordias de Maria; y en aquellos concursos académicos, conocidos bajo el nombre de *Puys ó Palinods* (1) en que la sociedad en masa proponia el mas bello elogio de la *Señora de todo el mundo* al premio de la gloria de una palma de oro.

El siglo décimocuarto recogió y aumentó todavía este tesoro de devocion á Maria que le trasmitian los siglos anteriores. A través de todos los cismas religiosos y de todas las escisiones políticas de aquella funesta época, no hubo unidad, en cierto modo, sino para el culto de Maria. El inglés, ejecutor de la justicia celestial contra las ávidas y sacrílegas disensiones de los partidos franceses, se cruzó para aquella grande empresa en nombre de *la dulce Virgen Maria*, invocándola en los combates bajo los nombres de *¡Santa Maria!* *¡Nuestra Señora de Arundel!* *¡Nuestra Señora de Arleton!* y suspendiendo las marchas y las batallas para celebrar en cualquier sitio en que se hallara el ejército las solemnidades consagradas á su culto. Y cuando el cielo quiso sacar á Francia de debajo de los escombros de su ruina, y purgar su generoso suelo de las insolentes ocupaciones de un enemigo olvidadizo de la dependencia de sus triunfos, en el modesto santuario de Nuestra Señora de Bermont, y al pié de la ermita de Santa Maria, fué en donde la Virgen de Vaucouleur, *terrible como un ejército formado en batalla*, desplegó aquella bandera en que estaban escritos estos dos nombres libertadores: *¡Jesus!* y *¡Maria!* bandera que introdujo el terror en las filas inglesas, poniéndolas en precipitada fuga, y que condujo al rey á los piés de Nuestra Señora de Reims para ser consagrada allí.

Dos grandes figuras de aquella época, colocadas en segun-

(1) Poesía en alabanza de la Inmaculada Concepcion. (Nota del Traductor.)

do término, completan el cuadro de la radiante aparición de Juana de Arco; la una, la de «la mujer quizá mas ilustre del siglo décimoquinto, si Juana de Arco no hubiese existido (1),» Cristina de Pisan; la otra, la del gran Canciller de la Universidad, consejero patriótico de los príncipes, oráculo del Concilio de Constanza, y autor presunto de la *Imitacion*, Juan Gerson. Estas dos grandes almas que tan de acuerdo estuvieron para confundir la inmoralidad de la *Novela de la Rosa*, y para celebrar á Juana de Arco (2), se encontraron tambien en la devocion á María, como en la primera parte de las mas nobles y mas puras inspiraciones. Cristina nos ha dejado un tierno testimonio de esto en una oracion á Nuestra Señora, que consta de diez y ocho estrofas, en las que invoca á la Virgen María bajo todos los títulos que la fé nos enseña á darla, y en donde apela á su salvadora proteccion en favor de todos los intereses de la Religion y de la Pátria, á la sazón tan cruelmente sacrificados (3). Gerson se constituye en campeón de

(1) Espresion de M. Paulino-París.

(2) He aquí el extracto de tres estancias del poema de Cristina de Pisan á Juana de Arco, cuyo prodigio habia presenciado, y que podrán dar cierta idea de aquella composicion:

«No es una cosa sobrenatural, que una niña de diez y seis años lleve la armadura como un guerrero, sin que la abrume y con tanto gusto como si fuera su alimento, y que sea tan fuerte y tan dura? Los enemigos huyen solo al verla sin quedar ni uno, y esto lo han visto muchos.»

«Ingleses, esconded las vocinas, porque aquí no cazareis nada; no nos vengais á Francia con sonajas; ¡no os figurábais, el otro día que estábais tan orgullosos, lo que os habia de suceder; pero Dios abate á los soberbios en los caminos y en las sendas!»

«Ella ha llevado al Rey de la mano, cuando ha ido á consagrarse! Jamás se ha hecho cosa mas grande ante Juana de Arco, y por cierto que tampoco la faltaron contradicciones; pero con gran asombro de todos se ha presentado allí con mucha nobleza, ha estado al lado del Rey durante la consagracion y oido la misa.»

(3) Por ser muy larga, nos hemos decidido á dar aquí solamente unas cuantas estrofas de esta hermosa plegaria, de la que

la Inmaculada Concepcion de la Virgen, que fué á defender en nombre de la Universidad á un torneo dogmático celebrado delante del Papa en Aviñon, y desplegó por amor á María una devocion tan tierna á San José, que le obligó á cantarla

hay un manuscrito en la Biblioteca imperial, no habiéndose impreso mas que una vez en un escelente tratado (de que no se encuentra ni un solo ejemplar), titulado, *Ensayo sobre Cristina de Pisan*, por Raimundo Thomassy. La diversidad de las invocaciones á María y su relacion con los grandes intereses, sobre los cuales reclama su auxilio poderoso, hacen de esta composicion un monumento de la fé y del patriotismo de Cristina de Pisan, y de los apuros en que se hallaba la Francia, que parece habla por su boca.

«Oh Virgen Santa, pura, incomparable, llena de inestimable gracia, Madre gloriosísima de Dios, abogada del que te implora, oye mi ruego; concede paz y alegría á toda la cristiandad, y á todos la bienaventuranza eterna. AVE MARIA.

«Virgen sagrada, tú, que segun dice San Bernardo en su sermón de Adviento, nos conservas en la fé y nos abres las puertas del cielo, como si fueran las de un convento, atiende á mis súplicas; te pido que ilumines y protejas á todos los Sacerdotes de la Santa Iglesia; que estos no se cansen de obrar el bien, y que se lo recompenses en el cielo. AVE MARIA.

«Oh tú, como dice San Agustin, Virgen predestinada mucho antes de tu nacimiento, que nos fuiste dada para nuestra salvacion; tú, pura y perfecta por destino, yo te invoco en favor de nuestra Reina de Francia; concédela paz, salud, alegría y mucha vida, y despues de su muerte, dispon de su alma. AVE MARIA.

«Virgen Madre de Dios, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, como dice San Gerónimo, Virgen despues del parto, yo te invoco en favor de todo el devoto sexo femenino: ten en tu santa guarda sus cuerpos y sus almas, tanto las de las doncellas como las de las casadas; guárdalas de ser disfamadas, y haz, Señora, que no ardan para siempre en el fuego eterno del infierno. AVE MARIA, etc., etc.»

en un poema, titulado *Josefina*, haciendo que se diera culto en todas partes á este santo.

El culto caballeresco entretanto iba aumentando al par del culto litúrgico de María: el rey Juan fundó en honor de esta Señora la orden de la Estrella; Carlos VI, la de Nuestra Señora de la Esperanza; Luis II, duque de Borbon, la del Sílibo (*Chardon de Notre-Dame*); Felipe de Borgoña, el del Toison de Oro; Fernando de Castilla, el del Jarron; y Cristian I, rey de Dinamarca, el orden del Elefante. Estas órdenes no eran puramente honoríficas; los caballeros de ellas contraian la obligacion de ayunar en ciertos dias, la de rezar y la de hacer limosnas, y se dedicaban especialmente al culto de la Madre de Dios. La creacion de estas órdenes era por lo comun una memoria, y aun el *ex-voto* de la gratitud nacional por algun gran beneficio solicitado y obtenido por la poderosa intercesion de María.

Otro tanto sucedió con las fiestas litúrgicas; así se instituyeron la de la Visitacion, por Urbano V, para obtener que cesase el cisma; el rezo de los Dolores por el Concilio de Colonia, para protestar contra el sacrílego vandalismo de los Husitas, que se burlaban de esta tierna devocion con insultos; la de la Presentacion, por Sisto IV; la del Rosario, por San Pio V; y la del Dulce Nombre de María, por Inocencio XI.

A estas dos fiestas vá unido el recuerdo de dos grandes golpes dados al Islamismo. Los piadosos fieles encargados de la observancia de estas conmemoraciones, tienen el glorioso privilegio de pagar por el mundo entero la deuda de la civilizacion, salvada en Lepanto y en Viena por la celestial proteccion de María. La ignorancia ó el olvido del piadoso heroismo que rompió el poder tenebroso de la *Media Luna*, é hizo prevalecer definitivamente la vivificante claridad del Evangelio, deberian ser modestos y reconocer en el Catolicismo al archivero de los mas gloriosos triunfos de la cristiandad, despues de haber sido el que los promovió. En Lepanto, el poder naval de los Turcos fué aniquilado por la cruzada de Españoles y Venecianos, mandada por D. Juan de Austria, por inspiracion de San Pio V. Aquel gran Pontífice, nuevo Moisés, promovió en toda la cristiandad la devocion del Santo Rosa-

rio, para implorar el socorro de María en la suprema lucha en que iban á jugarse los destinos de Italia y de Europa; y la vision que tuvo de la victoria en el palacio, en el mismo instante que esta se verificaba en las aguas del Mar Jonio, fué la prenda del socorro de María, á quien se debió aquella. La fiesta del Santo Rosario fué instituida en conmemoracion de aquel gran suceso. Pero el poder del Koran se sostenia aun, apoyado en sus fuerzas de tierra, y un siglo despues marchó sobre Alemania y presentó delante de los muros de Viena un ejército turco compuesto de doscientos mil hombres. Una cruzada de todos los príncipes cristianos, inspirada por Inocencio XI, y mandada por Juan Sobieski, rey de Polonia, reprodujo el drama libertador de Lepanto. El dia en que habia de darse la batalla, Sobieski oyó misa muy de mañana en la capilla de Leopoldo II, con asistencia de todos sus generales. El rey comulgó y estuvo con los brazos en cruz casi todo el tiempo que duró el Santo Oficio. Concluida la misa, se puso en pié y exclamó: *Vamos al encuentro del enemigo con entera confianza, bajo la proteccion del cielo y el amparo de la Virgen.* Esta confianza no fué vana: los infieles quedaron completamente destrozados y puestos en desordenada fuga, dejando en el campo de batalla el gran estandarte otomano, símbolo de la fortuna de su imperio, que desde aquel dia y el del combate de Lepanto ha ido siempre en decadencia.

En recuerdo de este triunfo se instituyó, ó al menos se extendió por toda la cristiandad, la fiesta del Dulce Nombre de María, quedando realmente hollada la *Media Luna*.

Pero desencadenada la heregia en el seno mismo de Europa, debia probar con otra lucha mas íntima y mas prolongada los destinos de la Iglesia y de la verdad; á lo que aquella atacó con mas obstinacion, fué al culto de la Virgen y de los Santos. ¡Testimonio grande de la importancia de este culto en el Cristianismo, y que lo recomienda eminentemente á nuestro fervor y piedad! No desdeñemos, no descuidemos una cosa tan consagrada por el desprecio que de ella hacen el error y las profanaciones de la impiedad. La heregia, por lo demás, mostró en su odio sacrílego contra el culto de la Madre de Dios toda la falsedad de su doble pretension. El

*Evangelio* y la *Tolerancia*, esas dos grandes palabras de que se valió para estraviar á las masas, recibieron en su conducta con respeto al culto santo el mas completo desaire. En efecto, en el *Evangelio*, en los homenajes que este tributa tan solemnemente á María por boca del Angel, por la de Santa Isabel, por la del Espíritu Santo; en su cooperacion á todos los grandes misterios de nuestra salvacion, que el mismo *Evangelio* se complace en ponernos de manifiesto, es en donde está basado el culto que damos á aquella Augusta Virgen. Del título evangélico de *Madre de Dios* es de donde dimana naturalmente este culto, segun la espresion de Bayle. Luego, atentando á él, atacaba la heregía al *Evangelio*. Y no atentaba menos á la *Tolerancia* con la salvaje destruccion de tantas imágenes, tantos altares, tantos templos consagrados á María, sin guardar respeto á la libertad de las almas fieles á la fé de todas las generaciones precedentes.

Sobre este punto recibió la Reforma una punzante y memorable leccion; y como el hecho es poco conocido, merece referirse. En 1528 los Calvinistas empezaron en París por insultar y ultrajar el culto de la Madre de Dios, mutilando una estatua de la Virgen que estaba en gran veneracion, á la cual la cortaron la cabeza. El pueblo de París se conmovió profundamente por aquel doble atentado contra su fé y su libertad, y he aquí su doble protesta con que vengó ambas cosas. El rey Francisco I mandó hacer otra imagen de plata sobredorada, mucho mas hermosa que la primera, y la llevó él mismo en sus reales manos en una procesion inmensa, á la que quiso asistir toda la sociedad, y mandó fuese colocada la Santa imagen en el mismo sitio en que estaba la antigua. Esta fué recogida en el estado en que la dejaron los reformados y trasladada en seguida con gran pompa á la iglesia de San Gervasio; allí fué venerada en lo sucesivo, bajo el título de *Nuestra Señora de la Tolerancia*. ; Elocuente y encantadora enseñanza, que sacaba partido del sacrilegio contra sus mismos autores, y que hacia nacer la satisfaccion del mismo ultraje (1) Asi es como la Virgen confundia á la Reforma, y

(1) Jacobus Breuleus, *In Antiq., Paris.*

continuaba justificando la antigua alabanza: *Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

La Reforma movió en el seno de la Iglesia una reaccion de fé, de santidad y de luz, que fué provechosa al culto de la Madre de Dios, haciéndola aparecer todavía mas grande á los ojos de la humanidad. La veneracion y el amor se redoblaron en proporcion de la profanacion y el sacrilegio. Todo se convirtió como por encanto en templo y altar de María; las encrucijadas de las ciudades, las fachadas de las casas, los árboles de las selvas, el interior de las habitaciones, veíase en todas partes la imagen de María, y en todas partes recibia los homenajes de la piedad cristiana y de la devocion mas filial. Un arte, que podia llamarse nuevo por la perfeccion á que habia llegado, la pintura, se inspiró del celestial ideal de la Madre de Dios, y la consagró sus mas dulces creaciones. Rafael fué, por decirlo así, la expansion de aquel arte, que dos siglos antes habia empezado á preluar lo que seria con obras admirables, pero que en él llegaba á su apogeo. Las obras maestras de su pincel no quedaron estacionadas en Italia, como habia sucedido con la mayor parte de las de sus predecesores, sino que fueron diseminadas por toda Europa, disputándose-las los principes y las ciudades, aun las que estaban situadas en el mismo centro de la heregía, ejerciendo aquellos lienzos una especie de apostolado universal en favor de la Virgen, y vengándola por medio de un culto de admiracion hacia las maravillas que Ella habia inspirado, de las profanaciones de que tantas imágenes suyas habian sido objeto.

Pero María habia dado el sér á otro apostolado mas directo para la gloria de su Divino Hijo y para la salvacion de los hombres. Un caballero español de noble estirpe, parándose de repente en medio del curso de sus disipaciones por una herida que recibió en el sitio de Pamplona, se despierta á la fé y á la gracia por la impresion que hace en él una lectura santa debida al retiro forzoso en que tenia que vivir por el estado de su herida. Una noche que estaba arrodillado delante de una imagen de la Virgen, se sintió tan profundamente conmovido, que resolvió consagrarse al servicio de la Madre de Dios. En cuanto se vió en disposicion de montar á caballo, se fué á la

abadia de Monserrat , peregrinacion célebre á causa de existir en aquel santuario una imágen milagrosa de María. El soldado peregrino llegó allí el dia de la Asuncion , y quiso , á imitacion de los antiguos héroes , *velar las armas* delante del altar de la Virgen. Declárase su caballero , cuelga su espada en un pilar como en señal de renunciar á la milicia de la tierra ; luego se retira á una cueva , donde ejercitándose en oraciones y en penitencias , mas propias para mortificarle que para volverle á la vida , concibe y crea el célebre instituto de la Compañía de Jesus , que ha justificado tan escelentemente su título y su mision evangélica , con todo el bien que ha hecho y con todos los ultrajes que ha recibido en el mundo.

Al mismo tiempo nacieron otra porcion de órdenes ó congregaciones para hacer frente al error y á la licencia : todos ellos , lo mismo que los que les habian precedido , tuvieron á gran gloria ensalzar á María y se declararon siervos suyos. La devocion á María , la exaltacion de sus grandezas y de sus privilegios , fué en todas partes como uno de los mas vivos caracteres de la reaccion católica , que dió á luz el siglo décimoséptimo. Una pleiada de doctores ilustres , tanto por su ciencia como por su santidad y por la esperiencia de la vida espiritual , lo mismo que por las deducciones ó iluminaciones del pensamiento , formó una especie de culto de alabanza en honor suyo. De estos , basta con que nombremos á Suarez , á San Francisco de Sales , al cardenal de Berulla , á M. Olier , á San Vicente de Paul y á Bossuet. Hasta la misma doctrina parecia que se ensanchaba para dejar mas sitio á María , y toda la Religion adquirió proporciones mas vastas. Porque es cosa muy notable , que todo lo que eleva á María , ensalza á Dios , y todo lo que ensalza á Dios se convierte en mayor gloria de María. De esta suerte , el plan divino habia sido mirado hasta entonces principalmente bajo el punto de vista de la relacion de la Encarnacion con la caida , y en la antítesis de sus dos estados de la humanidad elevada por la Redencion á la síntesis de la union divina ; plan magnífico seguramente , cuya esposicion hemos admirado en San Ireneo ; plan que ha sido el tema de las mas profundas consideraciones de todos los Padres y de los Doctores que les han sucedido , y en el cual apa-

rece María como la *nueva Eva*. Un conocimiento mas profundo y mas alto del plan divino distingue á la teologia del siglo décimoséptimo , tal como resalta especialmente de San Francisco de Sales , de Suarez , de M. Olier , del Cardenal de Berulla y de Bossuet ; y esto mismo es lo que hemos procurado esponer en la *Virgen María y el plan divino* , á saber : que la Encarnacion , y por consiguiente la Maternidad divina de María , no solamente tiene por razon la reparacion de la caida , sino tambien la gloria de la creacion en su universalidad , no como consecuencia , sino como designio primordial.

Cuando espusimos esta doctrina , no sabíamos que tenia en su abono la mesurada y grave autoridad de Bossuet. Muy afortunados hemos sido al volverla á encontrar literalmente en estas palabras de su sermon sobre la fiesta de Todos los Santos : « Si penetramos aun mas en el designio de Dios , hallaremos cuatro comunicaciones de su naturaleza. La primera en la creacion , la segunda se hace por la gracia , la tercera de su gloria , la cuarta de su persona. Y si lo menos perfecto es para lo mas escelente , la creacion concernia á la justificacion , y la justificacion era para la comunicacion de la gloria , y la comunicacion de la gloria para la personal. Esta es la graduacion de San Pablo : *omnia vestra sunt , vos autem Christi , Christus autem Dei* (1). » Todo es vuestro , y vosotros sois de Jesucristo , y Jesucristo es de Dios. — « ¡ Qué obra debe ser esta , á la cual la creacion del universo no ha servido sino de preparacion ! » — Esta obra es la union *personal* del Criador con la criatura en Jesucristo , por María. ¡ Qué aumento de gloria no recibe con esto aquella Virgen Santa ! « Esta es la razon , añade un sábio teólogo de la misma escuela , por la cual se dice , que *únicamente ella ha dado la vuelta al cielo* , porque Cristo es el círculo que lo encierra todo , y Cristo ha estado encerrado en María , dice Ricardo de Saint-Laurent ; ó bien , porque por la Encarnacion , el círculo de la creacion se ha vuelto á cerrar , como dice Santo Tomás , que las criaturas salidas de Dios por el Verbo , vuelven á El por el Verbo , y que

(1) Corinth., III, 22, 23.

de esta suerte, aquella vuelta admirable de Dios á Dios, se hace por Dios en María (1)»

Como se vé por esta última cita, aquella doctrina no era nueva, si se ha de hablar con propiedad, porque en la verdad no hay nada nuevo; pero era espuesta de nuevo, *segun se ha podido ir descubriendo, poniendo mas atencion en la doctrina de la Sagrada Escritura y en la doctrina de los Antiguos*, como dice San Francisco de Sales (2). Y de este modo iba creciendo siempre en la Iglesia la gloria de la Madre de Dios.

Por esta misma época recibió María uno de los mas grandes homenajes que pueden ofrecérsele en la tierra, el *del mas hermoso Reino despues del del cielo*. Varias veces habia experimentado ya Francia la proteccion especial de María, en cambio de los votos particulares que habia hecho esta nacion en circunstancias criticas para sus destinos. Ya le era deudora, especialmente de San Luis, nacido de resultas de un voto hecho por la reina Blanca á la Maternidad divina; las grandes victorias de Bouvines, de Mons-en-Puselle y de Casset, altamente atribuidas á su socorro celestial por Felipe Augusto, Felipe el Hermoso y Felipe de Valois, que la habian invocado en el peligro, y que la glorificaron en el triunfo; en fin, la Virgen de Domremy, barriendo á los ingleses y restableciendo el trono en su escursion heroica de Nuestra Señora de Bermont á Nuestra Señora de Reims, bajo la enseña libertadora de *Jesus y Maria*. No se creyó Luis XII menos deudor á María de la conservacion de la Francia en medio de los disturbios que habian amenazado disolverla, así como del nacimiento de Luis XIV despues de veinte y dos años de un matrimonio estéril. Para reconocer la proteccion de María, y para fijarla sobre la Francia, aquel piadoso monarca ofreció solemnemente á la Reina del cielo su corona y su reino, poniendo ambas cosas bajo su patronazgo por medio de un acto perpétuo de devocion. El 15 de agosto, fiesta de la gloriosa Asuncion de Maria, fué el dia conmemorativo de aquel voto nacional, que Francia cumple aun todos los años, despues de tantos trastornos y con-

(1) Vicente Contenson, Theolog., spirit.

(2) Tratado del amor de Dios, lib. II, cap. IV.

mociones, y al cual debe quizá su preservacion y la fortuna de sus armas. De aquel voto, en el tiempo que fué hecho, pareció brotar el gran siglo. La piedad que lo habia inspirado respira en todos los grandes genios que supieron poner entonces á tanta altura la gloria del nombre del ingenio humano, y entre los cuales, los dos mayores, Corneille y Bossuet, fueron los mas humildes siervos de María.

Pero uno de los caracteres mas sensibles de la gloria de María ha sido siempre el seguir las mismas vicisitudes que Jesucristo y su Iglesia, y salir siempre mas triunfante de ellas. Esto es lo que debia demostrarse por centésima vez en la gran prueba del Jansenismo. Este hizo abortar aquel magnifico movimiento de reaccion católica que promovió la Reforma, y cuyo último mantenedor es Bossuet; el Jansenismo ha contribuido poderosamente á arrojar á la sociedad cristiana en la impiedad del siglo diez y ocho. Esta impiedad empezó á manifestarse como siempre por un rigorismo exagerado, que se ensañó al principio con el culto de la Virgen, suponiéndolo atentatorio al de Jesucristo. Ya hemos dado á conocer en otro lugar, por la elocuente refutacion que de él hizo Bourdaloue, el manifiesto de la secta sobre este punto publicado bajo el título de *Consejos de la Bienaventurada Virgen á sus devotos indiscretos*. Tambien son sabidas las mutilaciones litúrgicas que se permitieron hacer aquellos novadores, y cómo por su odio final al culto de la Virgen y de los Santos fueron á confundirse con la Reforma. Pero lo que no se sabe bastante, es hasta dónde llegaba, desde el principio, desde la edad de oro del Jansenismo, el orgullo sacrilego é idolátrico que le llevaba hasta colocarse él mismo en los altares en sustitucion de la Madre de Dios. He aquí á este propósito un documento inédito que hemos hallado en la sala capitular de Nuestra Señora de París, y que tiene todos los caracteres de la mas inmediata autenticidad:

Al pié de una carta autógrafa de San Francisco de Sales al R. P. Binet, sobre la resistencia que opuso á la peticion de la Madre Angélica de entrar en el órden de la Visitacion, se lee la nota siguiente puesta por una mano contemporánea: «Carta escrita por San Francisco de Sales á la Madre María Angélica